

cuestiones más delicadas y complejas cómo es la de la comprensión de la filiación humana y el papel desempeñado en este caso por Cristo, por el Logos encarnado. Es este uno de los asuntos que más problemas le supuso al Maestro Turingio, y es por ello por lo que la autora dedica una sección del capítulo, de gran interés, a mostrar de qué modo Suso intenta defender la concepción eckhartiana sobre estas complejas cuestiones.

Los capítulos quinto y sexto están dedicados a profundizar en aspectos estrechísimamente vinculados a lo tratado en el cuarto capítulo. Se trata, en este caso, de examinar qué condiciones han de darse para que sea posible la unión con el Dios Uno y Trino, y en qué consiste propiamente esta vuelta e inmersión en el origen y fin de todo. «Gelassenheit». El camino hacia Dios (Análisis del *Libro de la verdad*, c.4 continuación) es el título del quinto capítulo, y son dos las partes fundamentales en las que está dividido: la primera dedicada a un concepto fundamental de la filosofía de Eckhart y también de Suso, el de «desprendimiento», y la segunda al modo en que ha de entenderse el concepto de «imagen» en la obra de ambos pensadores. Por su parte el capítulo seis lleva como título: «Innemung». Inmersión en la Unidad-Trinidad (Análisis del *Libro de la verdad*, c.5 y c.7), en primer lugar aborda el apasionante asunto del nacimiento del Hijo en el alma según Eckhart, contestando a preguntas como ¿Dónde se produce ese nacimiento?, ¿cómo?, ¿qué ha de hacer el ser humano? Y ¿cuál es el fruto de este nacimiento?, para a continuación mostrar qué entiende Suso por la *Unio Mystica*.

El estudio en sí, de gran profundidad y claridad, culmina con unas «Conclusiones» en las que la autora, con gran honestidad, plantea claramente las que son sus tesis, e incide en la gran deuda que Suso tiene respecto de la obra eckhartiana y señala lo que llama los «acentos de Enrique Suso».

El libro, de indiscutible rigor y gran valor filosófico aporta además, en las últimas páginas, una cronología, vista desde el punto de vista del contexto social y de la vida de la Orden de Predicadores que engloba el tiempo transcurrido entre 1206 y 1555,

y añade una extraordinaria bibliografía, en que se incluyen páginas web, centrada en las figuras de Eckhart y Suso, así como en la mística medieval.

Por su rigor y claridad, por la complejidad y actualidad de los asuntos abordados, por la honestidad de la autora y la profundidad de sus aportaciones, considero la publicación de esta obra una fortuna y su lectura un gozo indispensable para los que, como yo, amamos el pensamiento medieval y nos sentimos irresistiblemente atraídos por el pensamiento de los grandes místicos de este período. – IGNACIO VERDÚ

BURGOS, JUAN MANUEL (ed.), *España vista por sus intelectuales*, Ediciones Palabra, Madrid, 2015, 268 págs.,

El cuestionamiento perenne sobre la idea, historia y naturaleza de España no se circunscriben únicamente a la acción política y la esfera pública más inmediatas, tal y como podemos comprobar cotidianamente. Las formulaciones teóricas sobre el ser de España, sobre la identidad de quienes forman ésta, las razones que permiten hablar de un proyecto transhistórico compartido con vocación de futuro e incluso sus impugnaciones a *contrario sensu* —enunciadas por medio de historias particularizadas, de una supuesta imposibilidad de incardinación en las coordenadas del entorno europeo y por la excepcionalidad peyorativa en la identidad nacional— denotan la elevada densidad política que el vínculo grupo-territorio encierra en España. En el empeño por profundizar en este amplio paisaje intelectual, el profesor Juan Manuel Burgos ha reunido las participaciones de 13 profesores en el Congreso «España en la filosofía española contemporánea», que tuvo lugar en 2014. En éstas conoceremos sus exposiciones sobre Balmes, la generación del 98, Ortega, Julián Marías, Aranguren, Eugenio Trías... Esto es, un conjunto de esbozos sobre el pensamiento que estos intelectuales de relieve dedicaron al proyecto común nacional con el propósito de impugnar la falacia, comúnmente extendida, relativa a la endeblez intelectual que sustenta el ser nacional. En definitiva, como propone su editor, esta

obra recoge reflexiones lúcidas frente a las vacilaciones que tan interesada e ideológicamente han rodeado a la realidad española. Por otra parte, como toda obra de estas características, el hilo conductor no mantiene ni las mismas perspectivas, ni el mismo enfoque —que variará de lo pre-político a lo político— ni los mismos objetivos de fondo.

En los primeros ensayos nos encontramos con el pensamiento de Ortega y Gasset. Así, en «España en el pensamiento de Ortega y Gasset», el profesor Ciriaco Morón Arroyo se encarga de presentar sistemáticamente la evolución de las reflexiones orteguianas sobre la identidad nacional. Si en su etapa neokantiana (1907-1914) rechazó las ideas noventayochistas de «alma» o «espíritu nacional», en su periodo raciovitalista (1914-1920) centraría sus especulaciones en el valor de la cultura española y la exigencia de incorporar los «órganos» del Estado a las necesidades de la nación. En su fase de raciovitalismo biólogo (1920-1927) aparece su célebre diagnóstico del estado de la nación —*España invertebrada*—, que incide en la necesidad de reestructurar España según unidades regionales. Finalmente, en su etapa de la razón histórica (1927-1955) rechazará la revolución como contraria a la continuidad de la vida. Nieves Gómez abordará el pensamiento sobre la unidad e identidad nacional en Ortega, de consuno con Julián Marías en «De la España invertebrada a la España inteligible». Respecto del primero, destaca que su obra *España invertebrada* (1921) fue la primera de su época en recordar que ni el encumbramiento fue tan grande ni tan profunda hubo de ser su decadencia. Consideraba a España la heredera del proyecto de largo recorrido de la Roma imperial, amenazada hoy por el poder corrosivo de los particularismos. Por su parte, Marías estructuró su *España inteligible* —la palabra inteligible es la única con el prefijo *in* que no resulta negativa— desde la razón vital al tiempo que impugnaba los tópicos de la Leyenda Negra y el constante cuestionamiento nacional.

Una reflexión conservadora sobre la realidad de España la encontramos en «Jaime Balmes y sus esfuerzos por conciliar a España», gracias a Carmen Chivite y Sara

Gallardo. La retórica conservadora de este presbítero nos permite inferir su interpretación instrumentalista de la política, pues permanece sometido el poder a los criterios de la moral y la religión, lo que abunda en la proscripción de cualquier utilitarismo. A su juicio, los principios de la constitución interna española son la monarquía y la religión, lo que necesariamente desembocaba en la primacía del principio de autoridad como elemento de armonización entre lo perenne y lo mudable. Acertadamente, las autoras nos recuerdan que todo ello implica el rechazo balmesiano del inmovilismo y del pensamiento reaccionario. Por otra parte, desde una perspectiva liberal progresista, el capítulo «Patriotismo y catalanismo en Manuel Azaña», de José Peña, constata los tres momentos que para este literato y político habrían redefinido la realidad conceptual sobre España: (1) la españolidad del programa revolucionario comunero frente al austracismo cesarista, (2) la interrelación Cataluña-España y (3) la ruptura del concepto de Estado unitario tras la Constitución de 1931. A juicio de Azaña, era preciso reconocer el autonomismo para superar la antinomia unitarismo-federalismo y la castellanización de España emprendida por la Corona. Ahora bien, la aporía azañista consistió en identificar a España con la República y a ésta con la Constitución de 1931. Sus consecuencias son conocidas: la mengua de la pluralidad ideopolítica, la merma del potencial cohesivo del patriotismo como sentimiento cohesivo y la edificación de un constructo ideológico ajeno a la dimensión nacional.

Respecto a las singularidades de lo español y su posible fragilidad intelectual, Arévalo recoge en «De cómo no quedarse en carne exangüe. El pensamiento hispanoamericano según José Gaos» la tesis de este pensador, según la cual hubo pensamiento en España desde la Edad Antigua y pensamiento español propiamente dicho desde que éste se expresó en español en las glosas silenses y emilianenses. Afirmaba Gaos que en este pensamiento centenario predominaban ideología, ética, política y pedagogía como articuladoras de una novedosa forma ideativo-imaginativa nacional. Esta tarea

historiográfica era precisa para conocer su papel en el pensamiento universal. Por su parte, Juana Sánchez-Gey, en «Esperanza y España según María Zambrano y Dolores Franco», destaca los rasgos compartidos por ambas intelectuales: discípulas de Ortega, su preocupación por España —como convivencia y esperanza—, su sensibilidad poética y su propuesta de una razón moral. Por su parte, María Zambrano propondría la ciudad y la palabra para conquistar la razón ciudadana o ética al tiempo que Dolores Franco, impugnó la falacia de que en España no hubiese Ilustración al tiempo que articularía el amor a España como ideal de comunidad.

Respecto al vínculo entre cristianismo y España, disfrutamos de dos artículos distintos. El primero, «La idea de hispanidad en García Morente», de Socorro Fernández, centra la reflexión sobre el ser nacional de este autor desde 1937, caracterizada por abrazar el cristianismo. Así, frente a la denuncia por carecer de figuras filosóficas de relieve tal y como postularía en *La Filosofía en España* (1934), en sus posteriores *Idea de la Hispanidad* (1938) e *Ideas para una Filosofía de la historia de España* (1942) destacaría el protagonismo de dicha realidad nacional en la tarea encargada por la Providencia de defender la fe ante la secularización. El segundo ensayo, «La España del siglo XVI en la óptica de José Luis L. Aranguren y de José Jiménez Lozano», de Carmen Herrando, dará cuenta de las divergencias entre ambos autores para así alcanzar en su postulado común: la carencia evangélica de nuestro catolicismo y la necesidad de impregnar de cristianismo el politizado catolicismo español.

Julián Marías, merced a su reflexión contenida en *España inteligible*, centrará la atención de varios autores. El primero, Enrique González Fernández, dedicará «La corona y la comunidad hispánica de naciones» a recordar que, a juicio de Marías, las independencias americanas fueron motivadas por el temor a una España liberal. Al mismo tiempo, las luchas civiles de Fernando VII dieron ventaja a los extremistas que no querían convivir con los demás y que no compartían el respeto por la pluralidad

política. Frente al desarraigo y la historia-ficción, Marías propondría una solución intelectual para no olvidar la mutua pertenencia, unidad y diversidad. Por su parte, Juan Manuel Burgos, en «La autoestima de los españoles. Una reflexión a partir de Julián Marías» recupera la discrepancia de este autor respecto de la supuesta anomalía autopercebida por los españoles. A su juicio, desde la razón histórica, España ha disfrutado en largos períodos de su historia de una trayectoria muy coherente, merced a la construcción de una España cristiana y occidental así como de las Españas de ultramar. No obstante, España se ha convertido en un problema intelectual causado por un conflicto de interpretaciones —normalmente originado desde otros países para contrarrestar la aparición española en el escenario internacional—. Para terminar, el capítulo «España en la identidad hispanoamericana según Julián Marías», de José Ernesto Parra, nos recuerda que el proyecto histórico hispánico supone la reafirmación en lo cristiano y europeo. A juicio de Marías, la monarquía católica perseguiría, aplicar ese modelo de gobernabilidad al mundo entero. Sin embargo, asevera Parra, no se propició la conceptualización filosófica que hubiera permitido a *las Españas* de ambos lados del Atlántico generar el suficiente aparato crítico y evitar el reduccionismo europeísta que constriñe a España en un ámbito intraeuropeo.

Finalmente, en «La Cataluña-ciudad en el pensamiento de Joan Maragall y Eugenio Trías», Fernando Pérez-Borbujo aborda la cuestión nacionalista —siempre polémica en relación con el concepto de nación española—. En este sentido, para ambos autores el diálogo España-Cataluña ha estado marcado por la incomprensión mutua. Para Maragall, en su polémica con d'Ors, se hacía necesaria la espontaneidad de la masa y la ciudad del perdón, confrontadas con la ideología burguesa del titanismo orsiano. Trías, por su parte, formularía su impugnación del pujolismo al considerarlo un nacionalismo manipulador, corrupto y totalitario, sustentado también por la dejadez de funciones de los gobiernos centrales. Por tanto, denuncia una doble traición —de la

burguesía catalana y del Estado—, con situación llevada a cabo de mutuo acuerdo, por lo que los enemigos actuales en todo momento fueron cómplices.

Para recapitular la tesis de esta obra, podemos destacar el hilo transhistórico que esta pléyade de autores formula sobre España, sobre su ser nacional, sobre el patriotismo como vínculo inclusivo enfrentado con los nacionalismos —afirmativos sobre sí y con exclusión de perspectivas nacionales diferentes—. Así, el pensamiento orteguiano y el de Marías reciben un mayor peso, pero esta suerte de reflexiones y ejercicios teóricos corroboran, desde el conservadurismo de Balmes y la perspectiva azañista, sin excluir el vínculo entre España y el cristianismo o las consideraciones sobre las singularidades nacionales hasta con la denuncia del proyecto nacionalista excluyente, que España ha sido objeto de pensamiento. De un pensamiento lúcido que ha perseguido desterrar la idea de España como problema, como arma política de exclusión, y como persistente autocuestionamiento para afirmarla como vínculo de lealtades, de afectos y de un relato cohesionador. Los diferentes ponentes, con sus múltiples textos y sus diferentes enfoques, aciertan al recuperar los mejores esfuerzos de estos intelectuales españoles de mayor nivel para dar un sentido colectivo positivo al proyecto español. Pues es un proyecto común, histórico y con vocación de futuro compartido lo que encontramos bajo la realidad española. — MARIO RAMOS VERA.

SÁDABA, J., *La religión al descubierto*, Herder, Barcelona 2016, 162 págs.

Esta obra puede encuadrarse dentro de la filosofía de la religión. Con un sólido bagaje teológico, Javier Sádaba nos entrega un ensayo con un inequívoco sabor antropológico: «Porque la religión pertenece a zonas profundas de nuestro ser. En ese sentido es radicalmente antropológica» (p. 12). La religión es un fenómeno poliédrico y ambivalente, susceptible de valoraciones muy dispares y contradictorias. Sin embargo, la ignorancia o indiferencia respecto a ella —tan extendida en nuestros tiempos— es

altamente peligrosa y preocupante. Es innegable que históricamente la religión ha tenido una mayúscula incidencia social. Así por ejemplo, ha inspirado códigos morales con el fin de protegernos del caos aniquilador. Lo propio del *homo religiosus* es levantar un mundo superior y supremo que nos permita orientarnos vitalmente. Es intrínseco al ser humano inquirir por el sentido último de su existencia. No en balde somos un ser que aspira a la salvación espiritual.

*Religión* es un término con una etimología incierta, un concepto con un gran espesor semántico. Responde a un hecho universal cuya manifestación es dinámica, fluida y multiforme. Aunque vivamos en sociedades posindustriales —para algunos, incluso, posteológicas— las religiones siguen concitando muchas adhesiones y simpatías. Por tanto, instruirnos sobre ellas puede coadyuvar a mejorar nuestra comprensión del mundo. Para entender una religión tendremos que atender a sus creencias y cultos. Creer es una acción enraizada en el corazón, estriba en confiar en algo o en alguien. Las creencias religiosas pueden considerarse un todo complejo que aglutina emociones, sentimientos, imágenes y símbolos. En cada religión detectamos un elemento intelectual que apunta hacia algo extramundano, la esperanza de una realidad esencialmente distinta a la terrestre. Pero en nuestras sociedades posmodernas la incredulidad es un dato insoslayable. Inmersos en un galopante proceso de secularización, son muchas las personas que rompen con la religión. Por ejemplo los ateos, es decir, aquellos que niegan las verdades supranaturales. No muy lejos se sitúan los agnósticos, renuentes a pronunciarse sobre aquello que sobrepasa nuestras capacidades cognitivas. Aunque ya dentro de la órbita creyente las fronteras no siempre estén bien definidas, resultan útiles algunas distinciones. Principalmente entre los monoteísmos (como el Islam), los henotheísmos y los politeísmos. Incluso existen religiones que niegan la existencia de Dios; sería el caso del jainismo.

Pero la religión no solo existe en el reducto de la consciencia. Es importante detenernos en su cristalización en forma de culto. Este es indisoluble del cuidado de los